

## LA PAZ, LA JUSTICIA Y LA ECOLOGÍA DE SAN FRANCISCO

La paz no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias ("guerra fría") sino que con toda exactitud y propiedad se llama obra de la justicia (**Is 32, 7**). Es el fruto del orden plantado en la sociedad humana por su divino Creador, y que los hombres, sedientos siempre de una más perfecta justicia, han de llevar a cabo.

El bien común del género humano se rige primariamente por la ley de Dios porque es la única que vela por el bien integral (físico, anímico, espiritual, cultural...) de todo hombre y de toda mujer en todas las etapas de su vida. Así pues, la Paz es fruto de la Justicia porque ésta es la custodia que permite y alienta ese bien común que consiste en el bien de cada una de las personas.

Las exigencias concretas de la paz, durante el transcurso del tiempo, están sometidas a continuos cambios; por eso la paz jamás es una cosa del todo hecha, sino un perpetuo quehacer. Dada la fragilidad de la voluntad humana, herida por el pecado, el cuidado por la paz reclama de cada uno constante dominio de sí mismo y compromiso por el bien de los otros, además de la labor en pro del bien común por parte de la autoridad legítima.

La paz en la tierra no se puede lograr si no se asegura el bien de las personas y la comunicación espontánea entre los hombres de sus riquezas de orden económico, intelectual y espiritual. Es absolutamente necesario el firme propósito de respetar a los demás hombres y pueblos, así como su dignidad, y el apasionado ejercicio de la fraternidad en orden a construir la paz. Así, la paz es también fruto del amor, el cual sobrepasa todo lo que la justicia puede realizar. La paz sobre la tierra, nacida del amor al prójimo por encima incluso del amor a uno mismo, es imagen y efecto de la paz de Cristo.

En efecto, el propio Hijo encarnado, Príncipe de la paz, ha reconciliado con el Padre Dios a todos los hombres por medio de su cruz, y, reconstituyendo en un solo pueblo la unidad del género humano, ha mostrado como dar muerte al odio en su propia carne crucificada y, después del triunfo de su resurrección, ha infundido el Espíritu de amor en el corazón de los hombres para que ellos puedan vivir en el amor, en la paz y en la justicia, como vivió Él.

El respeto y el desarrollo de la vida humana exigen la paz. La paz exige el respeto de la dignidad de las personas y de los pueblos, la práctica asidua de la fraternidad. Esta "tranquilidad del orden" es obra de la justicia y efecto de la caridad.

Las injusticias, las desigualdades excesivas de orden económico o social, la envidia, la desconfianza y el orgullo, que existen entre los hombres y las naciones, amenazan sin cesar la paz y causan las guerras. Todo lo que se hace para superar estos desórdenes contribuye a edificar la paz y evitar la guerra: en la medida en que los hombres son pecadores, les amenaza y les amenazará hasta la venida de Cristo, el peligro de guerra; en la medida en que, unidos por la caridad, superan el pecado, se superan también las violencias.

Las acciones deliberadamente contrarias al derecho de las gentes y a sus principios universales (a los DD. HH.) son crímenes. Así, el exterminio de un pueblo, de una nación o de una minoría étnica debe ser condenado como un pecado mortal. Existe la obligación moral de desobedecer aquellas decisiones que ordenan genocidios o asesinatos, sea cual sea el precio a pagar por respetar antes la Ley de Dios que las leyes de los hombres que sean injustas por atentar contra los mismos hombres.

## LA FUERZA ECOLÓGICA DEL ESPÍRITU DE ASÍS

La comunicación de bienes entre todos los seres humanos así como el respeto hacia toda persona y todo pueblo exigen el respeto a la Naturaleza que a todos sostiene y a todos alimenta. Sin una correcta ecología, la justicia es sólo un discurso vacío y la paz una utopía minada de raíz por la explotación indiscriminada y egoísta de unos bienes naturales que son de propiedad universal.

El santo de Asís vivía el valor de la Paz como una pertenencia radical a la Creación hermana. En toda obra de la Creación admiraba al Artífice. Atribuía al Creador las cualidades que descubría en cada una de sus criaturas, y de este espectáculo, que se convertía en su alegría, se remontaba hasta Dios creador, fuente de todo bien. Iba en busca de su Amado en todo lugar de la Creación, sirviéndose de todo el universo, como de una escalera, para elevarse hasta Dios.

San Francisco llamaba a los animales, al fuego y al agua, hermanos y hermanas, pues todas las criaturas provienen de la misma fuente y, por tanto, en cierto sentido, todos somos miembros de una misma familia en la que ha de reinar la armonía mesiánica que canta otro poeta, el profeta Isaías en el capítulo 11 de su libro.

*"Del tronco que es Jesé, brotará un retoño. El espíritu del Señor estará sobre él y le dará sabiduría, inteligencia, prudencia, fuerza, conocimiento y temor del Señor. Irá revestido de justicia y verdad. Entonces el lobo y el cordero vivirán en paz, el tigre descansará al lado del cabrito, el becerro y el león crecerán juntos y se dejarán guiar por un niño pequeño. La vaca y la osa serán amigas, y juntas descansarán sus crías. El león comerá hierba, como el buey. El niño jugará en el escondrijo de la cobra y meterá la mano en el nido de la víbora. No harán daño ni estrago en todo mi monte santo, porque así como el agua llena el mar, así estará llena la Tierra del conocimiento del Señor."*

Quien ama a los animales y a las plantas, en el sentido adecuado, ama por encima de todo a todo ser humano, para quien ha creado el Señor *la hermana madre tierra que nos sustenta y nutre*. El hombre debe servirse de todo lo creado para mejorarlo, custodiarlo, transformarlo para la gloria del Creador, gloria que consiste en el bien y la vida digna de todos los hombres y mujeres de la humanidad.

San Francisco no despreciaba a ninguna criatura, y muchos menos despreciaba al hombre, hecho a *imagen y semejanza de Dios*, y por amor al Creador y por amor a cada ser humano veneraba y cuidaba todo cuanto existe. El Señor nos ha llamado a vivir según el Evangelio, no en solitario, sino en una comunidad de hermanos y dentro de la casa común que es la Creación, que podemos llamar hermana aunque no en el mismo sentido.

En la Creación, en la naturaleza, encontramos el lugar privilegiado de nuestro encuentro con Dios. No sólo queremos vivir juntos, orientados hacia la misma meta y ayudándonos a alcanzarla, sino que además nos volvemos los unos hacia los otros para amarnos mutuamente, según el mandamiento del Señor, lo cual incluye hacer que el planeta goce de la mejor salud para poder compartir con todos los bienes que Dios nos ha entregado para el disfrute y la vida digna de todos.

La ecología de San Francisco tiene mucho de acto de culto a Dios y de justicia hacia los pobres, que se ven privados de aquello que Dios nos entregó a todos, también a ellos, y que ellos no pueden disfrutar porque algunos nos comemos también su ración y malgastamos su heredad. La ecología más puntera encuentra siempre su cénit en la justicia social y en la paz del orden que brota de ella.